

mordial del lenguaje en la poesía de Andújar, en su carácter fundacional y esencial, «[...] como origen del conocimiento. En definitiva, que novela y poesía forman, en la obra de Manuel Andújar, una unidad de experiencia y de conocimiento, resultante de una muy cuidada y exigente investigación de las posibilidades expresivas y creadoras de la palabra».

Todo lo anterior es aplicable a los seis delicados y estilizados poemillas de *Inicial abanico de damas*, que trascienden el madrigal a un ámbito delimitado a partes iguales por la imaginación y la inteligencia: «Tus manos, noble amiga,/ melódicas se extienden/ hacia la nube errante/ que decora/ el firmamento velazqueño./ Contenidas, adentradas pesadumbres/ esmaltan tus noches/ para un aplazado anhelo/ de amor antiguo./ Tu vida,/ bandera del adiós,/ parpadeo de la aurora», primero —completo— de los seis poemas.

*Decálogo particular, inconcluso* mantiene la preferencia de Andújar por los versos cortos, muy cortos, por la expresión condensada, sincopada, que, en ocasiones, tiende al prosaísmo. El poeta recrea, muy personal, *particularmente*, el Decálogo bíblico, «las sentencias inapelables» de «Él», y «el eterno juego/ de amar y destruir». Desde este poema inicial, Manuel Andújar construye su denuncia del belicismo, su acusación implacable a las armas y su barbarie, como en el certero, rotundo, poema II:

Se alza al cielo imposable  
la pira de energías  
coincidentes en matar.

Obsesionante fábrica  
labra  
la constelación acusadora  
de las armas  
(prohibidas las almas)  
[...]  
Todavía,  
cocodrilos,  
asesinan a mansalva  
al repique de las jaranas  
y la reiteración  
de los himnos  
en estruendo impio.

Discurso prolongado en el poema IV, y ejemplos ambos de la capacidad de este escritor para renovar y enriquecer —como en su prosa y poesía anteriores— la temática «social», la literatura de «testimonio» y «compromiso»:

Toda nuestra energía  
es arrojada  
en matar,  
obsценamente fabrica  
el lucro  
miserable.

[...]  
Tambores y cornetas  
silencian las quejumbres  
los vómitos del ser  
y engullen oraciones  
y llantos  
matan.

Sin aderezos ni fisuras, un final de poema como un hachazo, como una cifra única que concentra el horror. Conceptismo expresivo, aprendida, y mejor aplicada, lección gracianesca. Y, dentro, un «decálogo particular» que dinamita los decálogos divinizados, las «santas» alianzas de rezo y combate, las sagradas milicias: y contra éstas, contra toda *milicia*, la *malicia* lúcida y punzante del poeta, constructor de palabras, pero no para juegos gratuitos y vacuos, sino convertidas en instrumentos de su insobornable talante —que es ser— ético: «Las leyes extienden/ su alfilerado manto/ sus agujas de complicidad» (poema VII). A la duda final del poeta, a la interrogación que cierra este *Decálogo* («¿Habré declarado/ a corazón abierto/ mi razón de palpito/ mi afán de/ poesía irredenta?»), hay que responder —lector en *simpatía*— con un *sí* pleno, y con la confesión —que compartimos— del propio Andújar en el inicio del poema III:

Versado  
Vertido  
Mi deber de humana imprecación  
de social dicterio...

La serie de «España peregrina» concluyó con una muy necesaria recuperación: *El Desterrado/Poemas* de Enrique Díez-Canedo, que reproduce la edición mexicana de 1940. La hija del escritor, María Luisa Díez-Canedo, informa también que «*El Desterrado* es el único libro de poemas que publicó mi padre en México» (en la inicial «Nota a la edición»), y hace interesantes aclaraciones sobre publicaciones poéticas de Díez-Canedo en México posteriores a su muerte.

Como tal libro —más bien opúsculo: cinco poemas—, ésta es la «primera edición española de *El Desterrado*», pero —añadimos nosotros— todos los poemas estaban ya publicados en España, aunque, claro está, no forman-

do un volumen independiente y ni siquiera los cinco juntos. Rehagamos su historia: los cuatro primeros —«Capacidad de olvido», «La palabra», «Línea recta» y «Certidumbre»— aparecieron en la gran revista de la España republicana *Hora de España*, en su número XIII (Barcelona, enero 1938), el mismo año —aunque nueve meses más tarde: en octubre— en que el escritor y su familia llegaron a México. El quinto y último poema, el que da título al conjunto, «El desterrado», fue incluido por José María Fernández Gutiérrez en su *Antología poética* de Díez-Canedo (Salamanca, Almar, 1979), como única representación del brevísimo poemario. Publicada el año del primer centenario del nacimiento del poeta, esta *Antología* tuvo la importancia y el mérito de restituir a su país, aunque fuese parcialmente, a una de las grandes figuras intelectuales de la primera mitad del siglo XX, ensayista y crítico eximio, extraordinario traductor —destaquemos *La poesía francesa moderna*, junto a Fernando Fortún, en 1913— y hombre vinculado a las más valiosas e influyentes empresas culturales de aquellos años: la editorial La Lectura, las revistas *España* y *La Pluma*, el diario *El Sol*.

Como poeta, *Versos de las Horas* (Madrid, 1906) fue su primer libro publicado, muy pocos años después de los primeros de Antonio y Manuel Machado y uno antes de *Soledades. Galerías. Otros poemas* y *Alma, Museo y Los cantares*, y el inicial *Poesías* de Unamuno. Nuevos poemarios vinieron en los años siguientes: *La visita del sol* (1907), *La sombra del ensueño* (1910), que le llevan del modernismo al postmodernismo, de la instalación *rubendariana* a la *juanramoniana*. Con todas las razones figura, por tanto, Díez-Canedo en numerosas antologías de la poesía modernista desde que Federico de Onís lo incluyó en el capítulo V (Postmodernismo: 1905-1914) de su *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (Madrid, 1934), y abriendo el apartado 1, de expresivo título: «Modernismo refrenado. (Reacción hacia la sencillez lírica)». Tengamos en cuenta que en 1934 Enrique Díez-Canedo era también autor de *Algunos versos* (Madrid, Cuadernos Literarios n.º 7, 1924) y *Epigramas americanos* (1928), un libro que continuaría a lo largo de su vida y culminaría en México (edición completa, México, Joaquín Mortiz, 1945). Entre otras, figura en las antologías de la poesía modernista de Ignacio Prat (1978), Ángel Crespo (1980), Antonio Fernández Molina (1982), Iván A. Schulman y Evelyn Picón Garfield (1986), y en

la temática de Pedro J. de la Peña *El feísmo modernista* (1989). Fuera de España, y en los primeros años del exilio, en la *Antología de la poesía española contemporánea (1900-1936)* (México, 1941) del poeta Juan José Domenchina, Díez-Canedo es uno de los treinta poetas seleccionados en este bien nutrido florilegio, reeditado —siempre en México— en 1946 y 1947. Y queremos recordar y destacar el número especial que en agosto de 1944 dedicó el ya citado *Litoral* mexicano «A la memoria de Enrique Díez-Canedo», sólo dos meses después de su muerte. Este tributo emocionado y emocionante al crítico y al poeta, al hombre y al amigo, establece un vínculo, por encima de los muchos años transcurridos, con esta mala-gueña «España peregrina»: de los cinco poetas que la integran tres compartieron las páginas de aquel número entrañable: el propio homenajeado, Giner de los Ríos y Rejano. El primero abría el número con su último poema «Los laureles reales de Cuernavaca», formado por seis epigramas, y lo cerraba con un artículo rescatado de *El Sol* (Madrid, 11 marzo 1927), «La luz del mediodía», un bello artículo sobre la Imprenta Sur y la revista *Litoral*, exactamente sobre los dos primeros números y el suplemento *La amante*, de Alberti. Un colofón perfecto en el nuevo y desterrado *Litoral*, en el que Francisco Giner daba a conocer su elegía «Estás aquí» —citada anteriormente—, veintidós años antes de incorporarse a su libro *Elegías y poemas españoles* (1966) (el poema fue escrito el 10 de junio de 1944, cuatro días después de la muerte de Díez-Canedo, y es uno de los más entrañables de Giner). El tercero de «nuestros» poetas, Juan Rejano, publicaba «Canción en tiempo de elegía», en octosílabos y endecasílabos asonantados, poema sencillo y transparente que canta la victoria existencial («Tu sombra con tu acento: eternamente/ y sobre el lecho terrenal del llanto/ la efigie derrotada de la muerte») y obtiene, con los octosílabos, coplas de tono y ritmo neo-populares: «Haré que pongan tu alma/ junto al aire, junto al sueño,/ junto a la infancia lejana,/ junto a la paloma en celo». (Reencontramos este poema de Rejano en la ya citada antología *La mirada del hombre*, con el mismo título, pero ahora bajo el epígrafe —necesario por aclaratorio— «En la muerte de Enrique Díez-Canedo», y formando parte del *Libro de los homenajes* (1961)).

Los cinco poemas de *El Desterrado*, sobre todo el así titulado, se encuentran entre la mejor poesía de su autor,

la que indaga entre el tiempo y la memoria, en los oscuros recovecos del existir, desde la experiencia del dolor hasta la inexorabilidad del destino. El poeta había alcanzado una cima de madurez vital, de capacidad introspectiva, de sabiduría. En certidumbres y en dudas, como al aferrarse a su *razón de ser*, su *palabra*:

[...] tú vagas  
 en torno a mí, me tocas,  
 te alejas inasible,  
 y eres tú tan sola, tan clara,  
 [...]  
 porque yo sólo vine  
 para proferirte, y ya tardas  
 en cedermé, y ya de ti dudo;  
 ya no sé si eres otra, si eres falsa,  
 si he perdido mi ruta,  
 si era yo el llamado a decirte,  
 palabra.

(Final del poema «La palabra»). De vuelta de tantas y tan variadas miradas, Enrique Díez-Canedo, en la hora de todos los despojamientos físicos y materiales, miraba hacia su *ser más íntimo e irreductible*, y en su mismidad trascendía tierra y ausencias, tiempo y despojos. En el poema «El desterrado», cumbre de sus meditaciones lírico-existenciales, la *nada* es *todo*.

Lo que no te han de quitar  
 los reveses  
 porque es tuyo y sólo tuyo,  
 porque es íntimo y perenne,  
 y es raíz, es tallo, es hoja,  
 flor y fruto, aroma y jugo,  
 todo a la vez, para siempre.

Todo hecho «carne de la carne tuya». Y el monólogo desemboca en una rotunda negación, en una afirmación irrefutable, con los más hondos ecos quevedescos, unamunescos, machadianos:

Nadie podrá desterrarte;  
 tierra fuiste, tierra fértil,  
 y serás tierra, y más tierra  
 cuando te entierren.  
 No desterrado, enterrado  
 serás tierra, polvo y germen.

En esta palabra final del poema, de todo *El Desterrado*, alienta la fe en el hombre que este poeta tuvo siempre. A pesar del naufragio histórico y personal, tras los barrocos *tierra y polvo* no añadió *nada*, sino *germen*. Final-principio, como la vida, de una «escritura tan transparente, noble, clara, leal, alerta como su poeta», en palabras de Juan Ramón Jiménez («En la última pared de Enrique Díez-Canedo», *Litoral*, México, 1944) referidas al libro de 1907 *La visita del sol*, pero aplicables a toda la poesía de su autor. No desterrado: transterrado, peregrino por otras tierras con el único fardo de la propia. Ningún título, pues, mejor que España peregrina para su recepción española. Un rótulo definitorio que en 1940 dio nombre y señal a una de las revistas emblemáticas —con *Litoral*, *Romance*, *Las Españas*,...— del exilio español en México: «Revistas culturales y literarias» que ordenó y estudió otro de los poetas de este quinteto malagueño: Manuel Andújar (en *El exilio español de 1939*, III, Madrid, Taurus, 1976).

Ante estos cinco nombres, estos fragmentos palpitanes de la «España peregrina» —sobre todo los de Díez-Canedo y Rejano, que no tuvieron tiempo para el retorno, y el de Giner de los Ríos, por su temática— sentimos, sabemos, una vez más, que hay mucho aún por desagraviar, por restituir.

**Emilio Miró**

